



¿El futuro es de los niños? Infancia, precariedad y vida cotidiana en las periferias urbanas bonaerenses

Valeria Llobet

Centro de Estudios sobre Desigualdades, Sujetos e Instituciones, Escuela de Humanidades,
Universidad Nacional de San Martín, Argentina

vllobet@unsam.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0003-0673-8260>

Recepción: 03 de septiembre de 2025

Aprobación: 28 de octubre de 2025

Publicación: 10 de diciembre de 2025



Resumen

Pocos conceptos vinculados con las “edades de la vida” cargan con la idea de futuro y representan la temporalidad como lo hace el de infancia. En este artículo, mi primer objetivo es discutir la relación naturalizada entre infancia y desarrollo. A la vez, y como segunda discusión, quiero adentrarme en los sentidos que “el futuro” adquiere en la vida cotidiana. En efecto, al examinar las distintas formas de “uso” del “futuro”, lo que emerge con más claridad es por un lado la ausencia de un sentido unívoco a nivel teórico y, a la vez, una suerte de naturalización cotidiana de los sentidos estrictamente modernos.

Sostengo que la infancia en contextos de exclusión social urbana se despliega en temporalidades marcadas por la urgencia, la interrupción y la precariedad. Por ello, en lugar de reproducir lógicas desarrollistas centradas en el “proyecto de vida”, en este artículo me propongo abordar las formas en que niños y niñas de sectores populares construyen y negocian “futuridades” propias a través del duelo, los cuidados comunitarios y la imaginación distópica.

Palabras clave: Infancia, Futuridades, Desigualdad, Sectores populares

Does the future belong to children? Childhood, precariousness, and daily life in the urban peripheries of Buenos Aires

Abstract

Few concepts linked to the “ages of life” carry the idea of the future and represent temporality as childhood does. In this article, my first objective is to discuss the naturalized relationship between childhood and development. At the same time, and as a second discussion, I want to delve into the meanings that “the future” acquires in everyday life. Indeed, when examining the different ways in which the “future” is “used,” what emerges most clearly is, on the one hand, the absence of a single meaning at the theoretical level and, at the same time, a kind of everyday naturalization of strictly modern meanings.

I argue that childhood in contexts of urban social exclusion unfolds in temporalities marked by urgency, interruption, and precariousness. Therefore, instead of reproducing developmental logics centered on the “life project,” in this article I propose to address the ways in which children from popular sectors construct and negotiate their own “futures” through grief, community care, and dystopian imagination.

Keywords: Childhood, Futures, Inequality, Popular sectors

Introducción: el humo que gira¹

La primera vez que el equipo de investigación llegó al barrio, en marzo de 2023, para trabajar

1 En esta contribución recupero desarrollos del libro *Llegar a ser de otro modo. Futuridad, violencia e infancia en los márgenes urbanos de Argentina*, en prensa en UNSAM Edita. Agradezco a Carla Villalta y a las/os revisoras/es anónimas/os la lectura y los comentarios al manuscrito.

en el proyecto que da marco a este trabajo,² Gustavito ya no estaba. Había muerto a los 12 años en circunstancias que los vecinos no dudaron en atribuir a la negligencia del hospital público. Para las y los vecinos, “el Estado” representado en el hospital trataba a Gustavito meramente como un niño más de la villa. Una villa que, en sucesivos poblamientos desde 1980, se levanta en un relleno sanitario a la vera de un río contaminado, en la cuenca del río Reconquista. Para la comunidad, era Gustavito: el que siempre tenía una broma lista, el “murguero de alma”, el que cuidaba a los más chicos, el que había luchado toda su corta vida contra una condición congénita.

En el primer taller con los niños del barrio, su presencia/ausencia era innegable. Murales en las paredes lo recordaban, su nombre surgía espontáneamente en las conversaciones. Pero lo que más llamó la atención fue lo que hizo una de las niñas, prendió un sahumerio y dijo: “Si el humo sube derecho, no hay nadie más aquí. Pero si empieza a girar, es porque hay una presencia, hay un espíritu”. El humo comenzó a girar. Chicas y chicos estallaron en risas y comenzaron a bailar en ronda alrededor de las investigadoras.

Esta escena podría parecer simple, incluso pintoresca. Pero expresa un sentido profundo: una forma particular de relacionarse entre sí y con el tiempo, con la muerte, con el futuro. Estos chicos no estaban negando la muerte de su amigo ni escapando de la tristeza. Estaban haciendo algo más complejo, mantenían a Gustavito presente en su mundo como una entidad no humana, permitiendo que su “espíritu” siguiera siendo parte de sus vidas, de sus juegos, de sus futuros posibles.

Esta escena menor es un indicio sobre cómo niños y niñas, por un lado, habitan y manejan temporalidades múltiples y no lineales y, por otro, abrazan e imaginan la posibilidad de futuros, incluso en las circunstancias más desesperadas, cuando la muerte aparece como una posibilidad cercana. Niños y niñas producen futuridades más allá de las temporalidades lineales del desarrollo y a pesar de las desigualdades que restringen sus vidas. Esta escena no está aislada ni es “única”, a pesar de su singularidad y su vínculo estrecho con la situación de la que emerge. De hecho, es el carácter insistente de las prácticas desplegadas para navegar temporalidades contradictorias lo que hizo, en el fondo, que en el marco de un proyecto sobre prácticas de cuidado cotidianas, las preguntas por la relación de los niños y el futuro cobraran centralidad. Analizaré aquí algunas de las aristas de esta relación, a la luz de un trabajo de investigación etnográfico y participativo de dos años y medio de duración en el que el equipo realizó talleres con niños, niñas y adolescentes; entrevistas grupales e individuales con sus cuidadoras; mientras participaba en actividades informales realizadas en el marco de una asamblea infantil autogestionada por un colectivo activista, Ternura Revelde, en un barrio del

2 PICT 2020 “Infancias, juventudes y familias: transformaciones sociales, crisis del cuidado y proyectos de futuro en escenarios pos-pandemia”, integrado por Valeria Llobet (IR), Carolina Remorini y Pablo de Grande (GR), Luna Vitale Becerra, Laura Frasco Zuker, Analía Jacob, Pilar Anastasía González, Florencia Gastaminza, Florencia Paz Landeira, Rocío Fatyass, (GI), que exploró las experiencias cotidianas de niñas, niños y jóvenes (NNyJ) en áreas urbanas y periurbanas vulnerables de la Región Metropolitana de Buenos Aires.

primer cordón del conurbano bonaerense, caracterizado por su cercanía con el CEAMSE y una unidad penitenciaria.

Sostengo que la infancia en contextos de exclusión social urbana se despliega en temporalidades marcadas por la urgencia, la interrupción y la precariedad. Por ello, en lugar de reproducir lógicas desarrollistas centradas en el “proyecto de vida”, en este artículo abordaré las formas en que niños y niñas de sectores populares construyen y negocian “futuridades” propias a través del duelo, los cuidados comunitarios y la imaginación distópica.

El futuro y la infancia

Pocos conceptos vinculados con las “edades de la vida” cargan con la idea de futuro y representan la temporalidad como lo hace el de infancia. Esta relación entre infancia y futuro ha sido analizada como una forma de elisión de los propios niños y niñas de la vida social y, por tanto, fue rechazada en favor de un presentismo que considera central revisar lo que niños y niñas “son” y no lo que llegarán a ser (James et al., 1998; Qvortrup, 2009). Por su parte, los estudios sociohistóricos han enfocado en el carácter fuertemente político de la asociación de la infancia –en tanto categoría– con las narrativas sobre el “futuro de la patria” y otras variantes de proyectos políticos de las élites gobernantes a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, que incluyen la modernidad, el desarrollo y la riqueza de la nación como claves de la asociación –claramente instrumental– entre la infancia y el futuro, en tanto discurso de síntesis de los proyectos en disputa (Carli, 2002, 2011; Cosse, 2005, 2006; Fonseca, 2002, 2006; Milanich, 2001, 2007; Colangelo, 2012, 2014; Sosenski, 2015; Vianna, 2002, 2010).

En verdad, es interesante para mis propósitos en esta contribución señalar que el propio campo de estudios sociales de infancia surge como un gesto que voy a interpretar como contestación a la dominancia de la psicología –y derivada de ella, de la pediatría y la pedagogía– en la definición de lo infantil y la infancia. Los saberes sobre la infancia marcados por el conocimiento psi asumían la temporalidad autocontenida, lineal y progresiva de las perspectivas desarrollistas como la temporalidad natural del ser humano. Así, la infancia era la primera en la serie lineal de las “edades de la vida”, parafraseando a Mintz. En este artículo, mi primer objetivo es discutir esta relación naturalizada entre infancia y desarrollo. Ello no consiste en negar la materialidad humana en tanto especie, que incluye un trayecto desde formas de inmadurez hasta formas de madurez, ni abogar por un ya perimido constructivismo histórico radical.

A la vez, y como segunda discusión, quiero adentrarme en los sentidos que “el futuro” adquiere en la vida cotidiana. En efecto, al examinar las distintas formas de “uso” del “futuro”, lo que emerge con más claridad es, por un lado, la ausencia de un sentido unívoco a nivel teórico y, por otro lado, una suerte de naturalización cotidiana de los sentidos estrictamente modernos. Si el futuro como diferente del pasado es una estructura temporal emergente en el contexto de la modernidad occidental (Koselleck, 1985), y la promesa de un futuro mejor que el pasado derivaba de la experiencia subjetiva de la modificación tecno-industrial del mundo, el examen de

la forma en que niños y adolescentes navegan³ las transformaciones temporales contemporáneas es una puerta de entrada para discernir las disyunciones temporales y los futuros, centrales al capitalismo globalizado (Cole y Durham 2008). Durante décadas, el “futuro” tuvo una imagen clara: estudiar, conseguir trabajo, formar una familia, prosperar más que los padres. Era seguir una receta, si hacías los pasos correctos, obtenías el resultado esperado. Pero esa receta parece ya no funcionar para muchos, especialmente para los chicos del conurbano. Cuando Ger (18 años), uno de los chicos mayores del taller de educación popular en el que desarrollamos la investigación,⁴ dice que tiene miedo de inscribirse en la universidad, pero también miedo de no hacerlo, está expresando algo que va más allá de su situación personal. Está viviendo en carne propia la ruptura de esa vieja promesa, la educación ya no garantiza una vida mejor, pero tampoco hay otras rutas claras hacia el “progreso”. En este contexto, los chicos tienen que inventar derroteros propios para imaginar el mañana, incluso en condiciones especialmente inhóspitas. Así, comprender cómo los niños de sectores populares imaginan, producen y experimentan el porvenir permite analizar la desigual distribución de expectativas y oportunidades. El estudio del futuro infantil no solo debe atender a sus dimensiones afectivas y materiales, sino también a su papel en la reproducción de desigualdades y exclusiones. Cuando decimos futuro, en suma, estamos aludiendo a un concepto caleidoscópico. Hablamos de formas de expresar la inclusión social de sectores subordinados, mediante ideas como el “proyecto de vida”, por ejemplo, que organiza en trayectorias y metas las intervenciones sobre la vida de jóvenes de barrios atravesados por la criminalidad, la pobreza extrema, la falta de caminos claros para “salir”. Hablamos también de un conjunto más o menos vago de ansiedades ecológicas, terrores apocalípticos y otras formas de expresión afectiva y moral de la falta de perspectivas alternativas al colapso ambiental. Llevado a las vidas concretas de las chicas y chicos con quienes trabajamos cotidianamente, el futuro es un sentido más o menos fantasioso de lo vivible, es una apuesta vital y esperanzada para sortear las amenazas que

3 Al utilizar la metáfora de la navegación, busco acentuar por un lado el carácter fluido y cambiante del proceso y, a la vez, que niños y niñas guían su propio recorrido con acuerdo a orientaciones internas, externas y herramientas “heurísticas”.

4 El proceso de investigación supuso la realización de talleres durante unos seis meses, de los que participaron veinte niños de entre 12 y 18 años. Posteriormente, ocho de los chicos y chicas mayores que quisieron profundizar el trabajo y yo desarrollamos un proceso de co-investigación durante poco más de un año y medio. En él desplegamos varias estrategias evocativas y creativas de trabajo, como teatro del oprimido, entrevistas desarrolladas por chicas y chicos, realización de fanzines, etc. A la vez, durante los dos años y medio en que se desplegó el trabajo, realizamos entrevistas individuales y grupales a las principales cuidadoras en el barrio, tanto en sus hogares como en el taller de educación popular “Rebeldes de Carcova”, del que participan chicos y chicas, llevado adelante por el colectivo Ternura Revelde. Asimismo, participamos de actividades del taller, como las fiestas del día de las infancias y de fin de año, asambleas periódicas, y organizamos algunas muestras del trabajo de chicos y chicas en la Escuela Técnica, cercana al barrio, así como en la Feria de Ciencias organizada por la Escuela de Humanidades de UNSAM.

condicionan la vida y salir relativamente indemne de ellas. También es una contestación a la moralización institucional de sus vidas, una forma de rechazar su inscripción lineal en proyectos de desarrollo, sean estatistas o neoliberales. Finalmente, es una oposición activa a ser arrojados a zonas de abyección.

La infancia en contextos de exclusión social urbana se despliega así en temporalidades marcadas por la urgencia, la interrupción y la precariedad. Por ello, en lugar de reproducir lógicas desarrollistas centradas en el “proyecto de vida”, en este artículo me propongo abordar las formas en que niños y niñas de sectores populares construyen y negocian “futuridades” propias a través del duelo,⁵ los cuidados comunitarios y la imaginación distópica. En tal sentido, la futuridad es antes que una iteración de la noción moderna de futuro, una producción situada.

Desigualdades, futuros e infancias

En los barrios del conurbano contruidos a partir de tomas de tierra e iniciativas colectivas “irregulares”, marcados por la limitada infraestructura habitacional y de saneamiento, la contaminación y degradación ambiental, así como por formas de criminalidad y violencias que percuden las tramas de organización y sostén comunitarios; los efectos de esas violencias estructurales y lentas (Curutchet et al., 2021; Grinberg et al., 2012; Nixon, 2011) son palpables en los cuerpos de los niños: enfermedades respiratorias, malnutrición, cansancio persistente (Auyero, 2009). La contaminación y la precariedad alimentaria constituyen una ecología de sufrimiento que organiza la vida cotidiana, orientada a construir cuidados en las peores circunstancias. Esta relación con el desgaste y las violencias ha sido tematizada por la literatura académica y por la intervención social como una forma de cancelación del futuro. Niños y niñas que viven en estos contextos, muchas veces son nombrados como “niños sin infancia”, concebidos como “niños sin futuro”, con futuros predeterminados y limitados (Katz, 2011). Estas tematizaciones buscan capturar las interacciones entre las desigualdades estructurales, la materialidad del cuerpo y la subjetividad; y resultan relevantes para iluminar el hecho de que los daños de las inequidades e injusticias en el presente se extienden en el tiempo y no solo condicionan el porvenir, sino que también tendrán expresión en ese futuro que así, es solo relativamente incierto. Por ejemplo, el desgaste corporal de la mala nutrición o ciertas enfermedades crónicas producidas por vivir en un ambiente contaminado se expresan años después en menos centímetros de altura, en obesidad, en estigmas cognitivos, en menos años de vida. Pero más allá de la relevancia de esos énfasis, esta forma de representación resulta victimizante y, a la vez, elude tematizar adecuadamente cómo esas dinámicas se expresan en la vida cotidiana.

La vida cotidiana es el espacio en el que las diferentes temporalidades del capitalismo son

5 Con “futuridad” me refiero a una temporalidad porvenir concebida antes como horizonte de deseo, de posibilidad y de novedad, que como “proyectos”. Es decir, como modos de mapear posibilidades, improvisar, inventar, descubrir, como producción situada, y como “entremedio frágil, virtualidad de acontecimientos, posibilidad de que haya posibilidades. La futuridad no se agota ni se realiza; más bien es la posibilidad de que algo se realice” (Gatto, 2019, p. 31).

experimentadas como tensiones que deben ser resueltas mediante trabajos y esfuerzos (Han, 2012). Así, al contemplar la vida cotidiana, podemos entender las experiencias y ritmos sociales conflictivos que subyacen como temporalidades al tiempo abstracto del capitalismo, a las rutinas y los tiempos institucionales, a la heterocronía de los tiempos políticos (Bear, 2014). Esto es, el debate se aparta de una reflexión sobre la temporalidad como recurso económico o estructura impuesta (Dubar, 2014) para considerar las diferentes experiencias del tiempo social y los espacios, así como las estrategias de materialización de futuros posibles desplegadas en lo cotidiano por los niños y niñas en tanto actores (Ringel, 2016).

Frente a las políticas de futuridad desigual, los trabajos y esfuerzos de las personas que viven en barrios populares son actos creativos de mediación, generativos de nuevas temporalidades (Bear, 2014). Esto es, si bien la estructura y las dinámicas sociales producen desigualdad en la distribución y asignación de futuros y “capacidades de aspiración” (Appadurai, 2013), el trabajo diferencial que las personas que viven en condiciones extremas tienen que realizar para alcanzar las condiciones mínimas de vida, o las diferentes experiencias de tiempo social que surgen del choque de temporalidades antagónicas (Bear, 2014), tiene alguna incidencia en la producción de aperturas en las condicionalidades y determinaciones del porvenir.

Estas prácticas sociales son significativas y moralmente relevantes, se encuentran lejos de la idea de un tiempo abstracto que se valora solo en términos monetarios, el adagio “el tiempo es dinero” lo expresa literalmente, o lo señalan otras expresiones como “perder o ganar” tiempo. Las prácticas temporales no son meras experiencias internas y personales del tiempo, ni se despliegan solo como sentidos. Se relacionan con las expresiones corporales del cansancio y la enfermedad, del hambre y el agotamiento, con las prácticas económicas del consumo y el endeudamiento, con las obligaciones morales de las relaciones de parentesco y amistad, con los esfuerzos por dar sentido y sincronizar “ritmos y representaciones inconmensurables” del tiempo (Bear, 2014, p. 18) y crear esperanza como marcador. No son (o no solo son) una herramienta seductora para producir subjetividades neoliberales, en el sentido de las esperanzas crueles (Berlant, 2011), sino también una forma de crear futuro(s) en condiciones nefastas, una forma de no sucumbir a la desesperación (Freeman, 2020) y recrear formas de solidaridad, generosidad y *kindness* (Han, 2012).

Prácticas de futuro: entre el cuidado, la fantasía y la esperanza

Los niños en la villa viven “entre cuatro paredes”, una expresión común entre las familias del barrio, que alude al confinamiento tanto dentro de las estructuras de los hogares familiares como dentro de la villa en general, una restricción no tanto impuesta físicamente como necesaria por el contexto. Confinamiento que no es, o no fue, el común denominador de la gestión del cuidado en las villas, como mostró por ejemplo el trabajo de Laura Santillán (2010), sino que aparece como el emergente del deterioro de las condiciones sociales y territoriales de existencia vinculadas con las transformaciones socioeconómicas de las últimas décadas, junto con la instalación de grupos vinculados con el narcotráfico en determinados territorios bonaerenses, que gestionan también el uso del espacio público (Auyero y Kilanski, 2015). Las calles y pasajes del barrio son peligrosos y una preocupación constante para cuidadores

y niños. La calle puede cambiar en minutos, de estar vacía a convertirse en peligrosa. “Uno nunca sabe” es una frase común que hace referencia a la rapidez con que las calles pueden llenarse de peligros, identificados por las y los vecinos como vendedores de drogas y ladrones. Las peleas parecen surgir de las piedras. Así, ir a la escuela requiere una rutina cuidadosamente diseñada, que incluye levantarse temprano para llevar agua a los baños, ya que muchas casas no tienen cañerías y el agua de la canilla se reserva para el consumo. Pri (18 años), que comenzó la universidad en 2024, tuvo que cambiar su horario escolar para evitar las mañanas, debido a los conflictos que comenzaban durante la noche y se extendían hasta el amanecer. El padre de Ger (18 años) y Jaz (15 años) cambió la entrada de su casa para que no diera al pasaje, ahora “territorio” de los vendedores de drogas. Si Ger va al centro cultural cercano administrado por el municipio, Laura, su madre, se queda en la puerta para verlo salir y regresar. Después del anochecer, nadie sale. Laura quisiera conseguir trabajo, pero no hay ninguno en las cercanías. Para acceder a un empleo, tendría que viajar dos horas en cada dirección, como lo hace su amiga Joana, madre de Aby (14 años) y Prichu (12 años), o su prima Paulina, madre de Pri y Tomi (13 años), entonces alguien más tendría que llevar a sus hijos y sobrinos a la escuela.

En contraposición con los rápidos cambios en la violencia callejera y la criminalidad, la vida en el barrio permanece estancada, producto del bajo valor de la tierra, los problemas de salud, la contaminación, la limitación de los servicios. Las múltiples ampliaciones de las casas a lo largo del tiempo son recordatorios visibles de familias en crecimiento que permanecen en el lugar por generaciones. Las casas se expanden para acomodar nuevas parejas e hijos. Las viviendas, abarrotadas, combinan múltiples núcleos familiares, lo que implica más personas en quienes apoyarse, pero también más posibilidades de tensiones, peleas y violencia doméstica. En este contexto, ¿qué significa “tener futuro”? ¿Cómo se imagina el mañana cuando el hoy está lleno de restricciones?

Pri, por ejemplo, cuenta que en el “otro barrio”, al que le gusta ir porque visita a su prima y a su novio, hay un parque público con árboles y una laguna, lugares para disfrutar con otros jóvenes, y en general es un lugar que se siente “más liviano”. Negocia con su madre para visitar a su novio demostrando su “responsabilidad”: estudia, limpia la casa, alimenta los perros, deja comida hecha. Estas negociaciones le resultan injustas, excesivas. La examina críticamente y a la vez entiende que su madre, que tiene trabajo asalariado fuera del barrio y está sola al frente de la casa, necesita de su ayuda. El balance de su situación implica una mirada apesadumbrada y a la vez rabiosa sobre la temporalidad agobiante de la vida de su madre. En efecto, la madre de Pri hace “malabares” (Faur, 2014) entre sus largas y desgastantes horas de trabajo físico como personal de limpieza en un Airbnb, el tiempo exiguo de disfrute con familia, ante la exigencia de reponer en tiempo de esfuerzo personal la falta de infraestructura sanitaria y de seguridad en el barrio. Para Pri, a su vez, esto implica una tensión y un conflicto a su posibilidad de dedicar tiempo seguro a sus proyectos personales, como la universidad, o la incertidumbre sobre la posibilidad de disponer tiempo los fines de semana para atender a su vínculo amoroso. Así, a la generización de la desigualdad temporal (Adam, 2002) expresada en el cuidado, se agrega una dimensión etaria y generacional. En sus negociaciones tempora-

les cotidianas se conjugan la precariedad, la inseguridad y la limitada infraestructura de la vida en la villa; el trabajo extenuante de las personas con menos calificaciones en el capitalismo de plataformas; la desigualdad de género en la distribución de las tareas de cuidado y reproducción de la vida; la demanda de disponibilidad infinita que supone sostener los vínculos familiares (Han, 2012); entre otras dinámicas que producen la desigual distribución del futuro. Pero en estas negociaciones cotidianas Pri no está simplemente pidiendo permiso o encontrando las frustraciones en las que se traduce subjetivamente la desigualdad estructural. Está creando pequeños espacios de libertad dentro de esas restricciones que moldean y condicionan su vida. Cada negociación exitosa le demuestra que puede influir en su propio destino, aunque sea en pequeñas dosis.

Chicas y chicos cuidando

Chicos y chicas desarrollan una variedad de prácticas de futuro —materiales, afectivas, simbólicas y morales— que les permiten navegar la ausencia de caminos institucionalizados hacia futuros personales y colectivos. Estas prácticas no forman una estrategia coherente o lineal, sino que reflejan una negociación compleja y a menudo contradictoria con la incertidumbre temporal.

Jaz no sale sin su madre. Los únicos lugares alternativos son la casa de sus abuelos, a menos de una cuadra, o la organización comunitaria frente a esa casa. Las rutinas diarias de Seby (15 años) y Román (15 años) son más agotadoras. Ambos cuidan a sus hermanos menores y asisten a la escuela, y aunque expresan cierto cansancio, también muestran satisfacción por esa responsabilidad.

Mientras hay una repetición en los esfuerzos cotidianos de estos niños y niñas por cuidar a sus seres queridos, también hay una apertura al cambio. A pesar de las relaciones difíciles, muchos mantienen viva la esperanza de que ocurran transformaciones o que otros “cambien”. Lauti (14 años) vive con sus abuelos y su tío, cuya vida está complicada por el abuso de drogas. Aunque su madre vive con otro hijo y una nueva pareja en un barrio lejano, él no ha renunciado a esa relación y la visita con la esperanza de mejorarla. Seby no se va de la casa donde vive con su padre abusivo porque quiere cuidar a su hermana menor, sabiendo que su madre no puede mantenerlos. Siendo el único niño abiertamente gay en el grupo de chicos que asiste al taller, Seby a veces se siente solo y prefiere participar en actividades con los más pequeños. Aunque Ger quiere irse cuanto antes, cree que las relaciones familiares son la razón por la que muchos amigos se quedarán: esas relaciones los anclan en el barrio.

Este tipo de negociaciones cotidianas, similares a las que todos los chicos y chicas despliegan, hacen parte de lo que propongo llamar “prácticas de futuro”: formas en que los chicos y chicas van construyendo, día a día, las posibilidades de una vida diferente. No son grandes planes ni proyectos ambiciosos, sino pequeños actos de resistencia y creatividad que van abriendo caminos donde antes no los había.

En definitiva, son prácticas temporales que buscan abrir espacios. Al hacerlo, la “afectividad neoliberal” puede ser puesta en duda, la ambivalencia y las diferentes formas de esperanza y deseo pueden ser pensadas no solo como aspiraciones normativas dentro de tal marco

(Freeman, 2020). La vida cotidiana se produce así en un rico entretreído de temporalidades contradictorias que aportan una posibilidad de indeterminación, una apertura del destino. Esta apertura no es radical. Está arraigada e incorporada en las relaciones y prácticas sociales. Por esa misma razón, los futuros no son iguales para todos los niños.

Las visiones morales del cuidado familiar se presentan como un continuo irrompible, aunque flexible en el tiempo. Como argumenta Clara Han (2012), un sentido infinito de responsabilidad por los seres queridos da color moral al cuidado y, añadimos, al trabajo en el tiempo. Mantener relaciones con personas con problemas de alcohol o comprometidos con consumos de drogas (como el padre de muchos de los niños en esta investigación) afecta tanto las prácticas de futuro como la textura emocional del presente –relaciones llenas de dificultades pero también de esperanza–.

A pesar de la evidente dificultad para salir del barrio, las narrativas de futuros deseables para los niños están marcadas por el “irse”. Irse, al menos en los sueños de las personas, significa alcanzar una vida mejor, aunque los mapas que indiquen cómo salir de forma segura hacia ese futuro ideal no parecen ser tan claros. Para muchos, “recibir educación formal” sigue siendo la imagen principal de un camino hacia la mejora, como lo fue cuando las villas comenzaron a formarse en el siglo XX. Sin embargo, muchas variables locales y globales, particulares e históricas, hacen que esto sea poco realista hoy y, por lo tanto, más una declaración moral que una posible trayectoria individual. Las familias se quejan de la calidad de la escuela, no solo del contenido educativo; sino también de una percepción de desapego y falta de equidad por parte de los docentes y el personal administrativo. “A la escuela no le importa” y “la escuela no entiende” son expresiones comunes de decepción y distancia. La pobre gestión de los conflictos entre chicos y chicas, por ejemplo, es uno de los reclamos más sistemáticos de las cuidadoras. La madre de Jaz y Ger, por ejemplo, cuenta escandalizada cómo una mañana se encontró en la puerta de la escuela a un grupo de alumnos peleándose a puñetazos, mientras el personal educativo miraba desde adentro del establecimiento. Cuando ella les pidió que intervengan, con desdén le respondieron que no era asunto de la escuela porque estaba sucediendo afuera. Cuando contaba esta escena, las otras mujeres presentes asentían, compartiendo la percepción de un relato cotidiano de lo que perciben como una falta de compromiso de la escuela con sus hijos. Por su parte, muchas veces chicos y chicas relatan situaciones que vivencian como injustas por parte de docentes que, desde su punto de vista, no parecen tener reglas claras para con ellas y ellos, sino una suerte de juego de preferencias que no alcanzan a descifrar. Este contexto propicia la percepción de que el sistema educativo estatal no responde a chicas y chicos de los barrios, aunque sí lo haga para otros. Como señaló en un momento Pri, abrumada por la dificultad de sus primeros tránsitos en la universidad: “Las escuelas a las que vamos nosotros no te enseñan ni la mitad de lo que las buenas escuelas les enseñan a los que tienen plata”. La escuela, así, parece configurar un espacio de producción desigual de temporalidades posibles, lejos del imaginario ecualizador e igualitarista que asociaba escolaridad con “un futuro mejor”, pero también lejos del imaginario tecnocrático de la “inversión” en la infancia a través de la educación.

Dejar el barrio y dejar la escuela son prácticas sociales que generan tensiones: una abre

oportunidades al mantener a los niños “en línea”, la otra la cierra. La desconexión entre las acciones presentes y las trayectorias futuras fue capturada vívidamente por Pri, que expresó una profunda ambivalencia sobre asistir a la universidad. Aunque representaba una posible “salida”, temía que su timidez y falta de familiaridad con las dinámicas institucionales hicieran que sus esfuerzos fueran inútiles. Teme no poder navegar las reglas institucionales y sociales de espacios que percibe “ajenos”. Tiene miedo de parecer tonta, de que su timidez sea un impedimento. Recuerda las veces en que no poder hablar en clase le costó una mala nota o incluso sanciones, y teme enfrentar injusticias similares en otras instituciones. Para ella, el futuro no se siente como una extensión predecible del presente, sino como un terreno extraño y potencialmente hostil. Sin embargo, lo intenta, al igual que Ger. Ambos comenzaron la universidad, experimentando vívidamente las diferencias entre sus posibilidades y capacidades para avanzar en la educación superior en comparación con los jóvenes que provienen de escuelas de clase media.

Chicos y chicas imaginan futuros personales y relacionales que a menudo están en tensión. Cumplir con las responsabilidades de cuidado hacia sus hermanas y hermanos, hacia sus madres y padres, incluso a veces hacia sí mismos; muchas veces significa para estas chicas y chicos perder trabajos, faltar a exámenes, no poder asistir a talleres, tener que pedir dinero a amigos, etc. Estas contradicciones no solo giran en torno a lo cotidiano. La necesidad de resolver y navegar tiempos contradictorios para reproducir la vida social también se extiende a la producción del futuro como posibilidad existencial y como tejido socioafectivo que da sentido a esa reproducción. A estas prácticas y densidades emocionales y materiales aludimos con el término de “futuridad”.

Estas prácticas de navegación de las tensiones entre posibilidades y futuros no resuelven las contradicciones de la vida en una villa conurbana, pero permiten habitarla. Reflejan cómo chicos y chicas sostienen posibilidades, por frágiles que sean, en un paisaje donde las condiciones materiales implican un futuro que no está garantizado. Las premisas internalizadas del “contrato social neoliberal” sobre el éxito personal no son la única fuente de figuraciones del futuro entre niños y niñas, estas están entrelazadas con la solidaridad y el valor del cuidado colectivo. Aunque imaginan un futuro lejano, los niños expresan vínculos emocionales con el barrio, habitado por personas que les importan. Esa conexión emocional pesa contra el deseo de irse. En ese sentido, desarrollar prácticas de futuro que oscilan, a menudo paradójicamente, entre aspiraciones individuales y formas de solidaridad colectiva son una forma de enfrentar los futuros suspendidos y las posibilidades limitadas de la vida en el capitalismo tardío.

Algunos se aferran a las posibilidades que les ofrece estar cerca del equipo universitario para imaginar la posibilidad de acceder a la universidad y navegar sus laberintos administrativos, o acceder a redes sociales más amplias y desde allí, a otros recursos. Otros parecen representar el futuro como un tiempo vacío o se niegan a imaginarlo. Cuando se les pregunta qué quieren y qué les gusta, algunos dicen sentirse perdidos, abrumados por la ansiedad: “Prefiero hablar de sueños y no de proyectos, me dan un cagazo terrible”, dijo Rocío (16 años). Seby comentó: “No sé. No me gusta nada, y no estoy seguro de lo que quiero hacer”. Al trabajar en una dramatización sobre sí mismo dentro de diez años, Seby terminó representándose en el

mismo espacio –parte del grupo comunitario– y viviendo en la misma casa. Simultáneamente, ese supuesto “vacío” donde se sitúa su (falta de) futuro fue complementado por algo distinto. Se vio a sí mismo como educador de los niños más pequeños de la villa, responsable de las actividades del colectivo. Hay una marcada contradicción aquí. Por un lado, Seby expresó no tener planes, proyectos ni inversiones afectivas en su futuro, pero al mismo tiempo había algo sutilmente político en su representación. Una dimensión política que Seby no abrazaba del todo, pero que estaba presente, abriendo una grieta en el presente y mostrando la relevancia del centro pedagógico y su compromiso comunitario.

Además, su aparente falta de planes podría ser una forma de desvincularse de la linealidad del futuro que está incrustada en las trayectorias institucionales, mostrando la densidad de temporalidades que el compromiso y el cuidado en la villa pueden transmitir. El trabajo emocional necesario para conectar los imaginarios políticos con las prácticas de futuro es arduo, muchos niños, como Seby, no pueden perseguirlos debido a las injusticias que enfrentan, lo que resulta muchas veces en sentimientos de depresión, silencio y agotamiento.

Conclusión: prácticas de futuro frente a la desigualdad

En este artículo procuré mostrar que hay una diferencia importante entre tener un “futuro” (un plan, una carrera, una trayectoria anticipada) y producir “futuridades” (formas de imaginar posibilidades, de mantener viva la esperanza, de crear espacios para el cambio). Los chicos de la villa pueden tener pocas opciones de “futuros” tradicionales, pero construyen esforzadamente “futuridades”. Inventan formas de mantener vivos a los muertos (como Gustavito), de negociar libertades pequeñas pero significativas (como Pri), de imaginar roles comunitarios que aún no existen formalmente (como Seby).

Estas “futuridades” no resuelven las injusticias estructurales que enfrentan. No eliminan la pobreza, no mejoran las escuelas, no hacen más seguras las calles. Pero hacen algo también importante: mantienen abierta la posibilidad de que las cosas puedan cambiar, de que ellos puedan ser agentes de ese cambio y que el mañana no esté completamente determinado por el hoy. Estas prácticas –estudiar, fantasear con una vida “afuera” como mejora individual, cuidar a los seres queridos como parte de las responsabilidades infinitas de la vida– muestran el entrelazamiento complejo de temporalidades cotidianas contradictorias, violencia estructural y políticas estatales de abandono selectivo, como el desfinanciamiento de la educación y la salud, la limitación de la inversión en infraestructura, la centralidad de la seguridad como manejo de las “fronteras” de los barrios o la falta de atención a la contaminación. Las subjetividades que emergen del tejido denso del presente están marcadas por ideas de mejora a través de la adhesión moral a preceptos neoliberales (avance individual, emprendimiento, éxito como fama). Combinada con esa mezcla paradójica de familiarización neoliberal, así como la internalización del fracaso como algo personal, emerge la responsabilidad solidaria por los seres queridos, que incluye no solo a sus familiares, sino también a amigos y vínculos barriales.

En este contexto, las temporalidades institucionalizadas de la escuela o el trabajo muestran la naturaleza excluyente del capitalismo. Los niños desarrollan expectativas biográficas que visualizan el progreso como derivado de caminos institucionalizados, pero al mismo tiempo

experimentan la insuficiencia de las trayectorias específicas que se les ofrecen. Las prácticas de futuro son, entonces, esfuerzos por navegar las contradicciones y las limitaciones impuestas por las desigualdades estructurales, históricas y dinámicas que enfrentan.

El miedo a entrar a la universidad y fracasar, el miedo a no poder salir del barrio ni mantener a la familia, se resiste mediante prácticas de futuro basadas en la fantasía y la esperanza. “Vivir el sueño” mediante el éxito casi fantástico de ser *influencer* o viajando y “siendo famoso” se expresa junto con el deseo de terminar la universidad o aprender un oficio. La esperanza, ese “contrapunto pasivo del deseo” (Crapanzano, 2003, citado en Cole y Durham, 2014), también emerge en la conversación. Nunca está libre de miedo, pero al hablar juntos sobre sus “sueños”, chicos y chicas comienzan a imaginar otras posibilidades, escenarios y caminos –imaginarios colectivos que abren nuevas perspectivas sobre lo que quieren y cómo llegar allí–.

Las prácticas de futuro de los niños, como hemos mostrado aquí, son evidencia de una negativa a quedarse atrapados en espacios de abandono, incluso cuando las herramientas a su disposición para avanzar, “ascender” o salir no son suficientes. El agotamiento emocional y físico de la vida cotidiana conduce a ambigüedades y vacilaciones en sus esperanzas y fantasías, con el miedo y la angustia siempre presentes. En este sentido, desplegar prácticas de futuro, incluso las más sutiles y pequeñas, representan un enorme esfuerzo.

El enfoque sobre la infancia que propongo, que dialoga con las prácticas temporales de chicos y chicas, no se restringe a tratarla como un objeto de políticas anticipatorias del Estado o de discursos de crisis, sino como un espacio donde se experimentan y producen múltiples temporalidades. Así, se plantea una comprensión más compleja de la manera en que niños y niñas, especialmente en contextos de pobreza, navegan entre estructuras de poder y posibilidades de agencia.

En lugar de aceptar la dicotomía entre el “niño sin futuro” (el niño pobre y excluido) y el “niño como inversión”, sugiero la necesidad de abordar la futuridad como un campo de disputas en el que los niños no solo son objeto de políticas y expectativas adultas, sino sujetos que crean y transforman sus propios horizontes temporales. Al reconocer las prácticas cotidianas de fabricación de porvenir en contextos de desigualdad, se amplía la comprensión de la infancia más allá de su encierro en una temporalidad teleológica de desarrollo (Colangelo, 2014; Remorini, 2010), mientras se procura evitar la producción de nuevas abstracciones.

Finalmente, esta perspectiva abre interrogantes fundamentales sobre cómo repensar la justicia social desde el reconocimiento de las desigualdades temporales. Si la exclusión no solo se expresa en la privación material, sino en la reducción de los futuros posibles, entonces la lucha por la infancia es también una lucha por la ampliación y redistribución de los horizontes de vida. La experiencia de los niños y niñas en las zonas marginales del conurbano no puede ser comprendida bajo lógicas lineales de agencia o resistencia. Sus formas de hacer tiempo, de narrar la muerte, de pensar el futuro, revelan una densidad temporal y afectiva que desafía las jerarquías epistemológicas. Proponemos, en consecuencia, una mirada que reconozca la agencia situada, los ensamblajes afectivos y materiales, así como las narrativas menores en tanto formas legítimas de hacer mundo. En las ruinas del porvenir, los niños no desaparecen: rehacen el tiempo a su manera, con los materiales disponibles, desde una vida que insiste.

Referencias

- Adam, B. (2002). The gendered time politics of globalization: Of shadowlands and elusive justice. *Feminist Review*, 70(1), 3-29. <https://doi.org/10.1057/palgrave/fr/9400001>
- Appadurai, A. (2013). *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Fondo de Cultura Económica.
- Auyero, J. (2009). Infancia en peligro tóxico Experiencia y negación. *Apuntes de Investigación*, 16/17, 23-38. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/apuntesceecyp/article/view/4066/3306>
- Auyero, J. y Kilanski, K. (2015). From “making toast” to “splitting apples”: Dissecting “care” in the midst of chronic violence. *Theory and Society*, 44(5), 393-414. <https://doi.org/10.1007/s11186-015-9255-6>
- Bear, L. (2014). Doubt, conflict, mediation: The anthropology of modern time. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 20(1), 3-30. <https://doi.org/10.1111/1467-9655.12091>
- Berlant, L. (2011). *Cruel Optimism*. Duke University Press.
- Carli, S. (2002). *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*. Miño y Dávila.
- Carli, S. (2011). El campo de estudios sobre la infancia en las fronteras de las disciplinas. Notas para su caracterización e hipótesis sobre sus desafíos. En I. Cosse, V. Llobet, C. Villalta y C. Zapiola (Eds.), *Políticas, saberes e infancia* (pp. 13-46). Editorial Teseo.
- Colangelo, A. (2014). *La crianza como proceso sociocultural. Posibles aportes de la antropología al abordaje médico de la niñez* [Ponencia]. Primeras Jornadas Diversidad en la Niñez, Hospital El Dique, Ensenada, Argentina.
- Cosse, I. (2005). La infancia en los años treinta. *Todo Es Historia*, XXXVIII(457), 48-57.
- Cosse, I. (2006). *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar. 1946-1955*. Fondo de Cultura Económica.
- Curutchet, G., Grinberg, S. y Gutiérrez, R. (2012). Degradación ambiental y periferia urbana: un estudio transdisciplinario sobre la contaminación en la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Ambiente & Sociedade*, 15(2), 173-194. <http://www.scielo.br/pdf/asoc/v15n2/10.pdf>.
- Dubar, C. (2014). Du temps aux temporalités: Pour une conceptualisation multidisciplinaire. Temporalités. *Revue de sciences sociales et humaines*, 20, Article 20. <https://doi.org/10.4000/temporalites.2942>
- Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI: mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Siglo XXI Editores.
- Fonseca, C. (2002). Inequality near and far: Adoption as seen from the Brazilian favelas. *Law & Society Review*, 36(2), 101-134. <https://www.cambridge.org/core/journals/law-and-society-review/article/abs/inequality-near-and-far-adoption-as-seen-from-the-brazilian-favelas/4B6FC9B531F4F72BEAED5535A62BC3ED>
- Fonseca, C. (2006). Classe e a recusa etnográfica. En C. Fonseca y J. Brites (Eds.). *Etnografias da participação* (pp. 13-35). EDUNISC.

- Freeman, C. (2020). Feeling neoliberal. *Feminist Anthropology*, 1(1), 71-88. <https://doi.org/10.1002/fea2.12010>
- Grinberg, S., Gutiérrez, R. y Martiñan, L. (2012). La comunidad fragmentada: Gubernamentalidad y empoderamiento en territorios urbanos hiperdegradados. *Espacios Nueva Serie. Estudios de Biopolítica*, 7, 154-172. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/271368/CONICET_Digital_Nro.74d80cde-1ba0-4f68-b850-fd17f2adbd0d_B.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Han, C. (2012). *Life in Debt. Times of Care and Violence in Neoliberal Chile*. University of California Press.
- James, A., Jenks, C. y Prout, A. (1998). *Theorizing Childhood*. Polity Press.
- Katz, C. (2011). Accumulation, excess, childhood: Toward a Countertopography of risk and waste. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 57(1), 47-60. <https://dag.revista.uab.cat/article/view/v57-n1-katz/806-pdf-en>
- Milanich, N. (2001). Los hijos de la providencia: El abandono como circulación en el Chile decimonónico. *Revista de Historia Social y de las mentalidades*, 5, 79-100. <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/307>
- Milanich, N. (2007). Whither Family History? A Road Map from Latin America. *American Historical Review*, 439-458. <http://www.jstor.org/stable/4136609>
- Nixon, R. (2011). *Violence and the Environmentalism of the Poor*. Harvard University Press.
- Qvortrup, J. (2009). Are children human beings or human becomings? A critical assessment of outcome thinking. *Rivista Internazionale Di Scienze Sociali*, CXVII, 631-653. <https://ideas.repec.org/a/vep/journal/y2009v117i3p631-654.html>
- Remorini, C. (2010). Crecer en movimiento. Abordaje etnográfico del desarrollo infantil en comunidades Mbya (Argentina). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 8(2), 961-980. <https://revistaumanizales.cinde.org.co/rllcsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/84>
- Ringel, F. (2016). Beyond temporality: Notes on the anthropology of time from a shrinking field-site. *Anthropological Theory*, 16(4), 390-412. <https://doi.org/10.1177/1463499616659971>
- Sáenz Obregón, J. (1997). *Mirar la infancia: Pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Universidad de los Andes.
- Santillán, L. (2010). Las configuraciones sociales de la crianza en barrios populares del Gran Buenos Aires. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 8(2), 921-932. <https://revistaumanizales.cinde.org.co/rllcsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/80>
- Sosenski, S. (2015). *El niño mexicano en el siglo XX*. El Colegio de México.
- Vianna, A. (2002). Quem deve guardar as crianças? Dimensões tutelares da gestão contemporânea da infância. En A. de Souza Lima (Ed.), *Gestar e gerir Estudos para uma antropologia da administração pública no Brasil* (pp. 271-312). Núcleo de Antropologia da Política / UFRJ.
- Vianna, A. (2010). Derechos, moralidades y desigualdades. Consideraciones a partir de procesos de guarda de niños. En C. Villalta (Comp.), *Infancia, justicia y derechos*

humanos. Universidad Nacional de Quilmes.

Zapiola, M. C. (2010). Ley de Patronato de Menores de 1919: ¿una bisagra histórica? En L. Lionetti y D. Míguez (Comp.). *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890–1960)* (pp. 117-132). Prohistoria.